

CARLO FRANCESCO D'AGOSTINO

El pasado 7 de diciembre, vigilia de la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, a la edad de noventa y tres años, y en la pequeña localidad de Osnago, a las puertas de Milán, a donde se había trasladado los últimos decenios, ha entregado su alma a Dios, con las manos llenas de una larga y entregada militancia católica, el abogado Carlo Francesco d'Agostino. Figura histórica del catolicismo político italiano, prosiguió hasta el final su "buen combate" por devolver Italia a Dios —consagrándola formalmente a su Sagrado Corazón y al de su Santísima Madre— y restituir la "racionalidad" de la política.

Durante la II Guerra Mundial fundó en Roma el partido católico Centro Político Italiano, que participó —es cierto que con poco éxito— en diversas lides electorales. Tomó esta iniciativa, ardua y obstaculizada decididamente por parte del clero, a fin de cumplir con lo que consideraba su deber moral de oponerse al "modernismo social" sostenido por la Democracia cristiana. Fundó igualmente el quincenal *L'Alleanza Italiana*, con el que pretendía adelantar los principios católicos en la política italiana, y la casa editorial homónima, que dio a la estampa una serie de ensayos cuyo objetivo era igualmente difundir la doctrina social de la Iglesia y demostrar la apostasía de la Democracia cristiana. Entre ellos, el más célebre fue *L'illusione democristiana*, aparecido en 1951 y reeditado en 1988.

* * *

Nacido en Roma el 12 de mayo de 1906, de una familia noble de origen napolitano, su padre y su abuelo sirvieron en la magistratura, en la prefectura, en el ejército y en la enseñanza. Vivió en Roma hasta 1927, donde, jovencísimo, se licenció en derecho. Religiosamente se formó en la Congregación Eucarística de San Claudio —fundada por don Massimo Massimi, después cardenal de la Santa Iglesia Romana—, y en el Colegio de San Ignacio, habiendo frecuentado los ejercicios espirituales en la tradición de

la Compañía de Jesús. En 1927 se trasladó a Milán, donde se inició en el ejercicio de la abogacía, que continuó después, nuevamente en Roma, entre 1939 y 1962, época en la que también desempeñó el puesto de pretor honorario, dictando sentencias famosas como la de 1950 sobre "Juramento de fidelidad y gobierno de hecho".

Más allá del quehacer profesional se dedicó, desde el período milanés, al apostolado católico, con distintos cargos en la Acción Católica —primero en la parroquia de Santa María de Pasión de Milán, luego en la de Osnago, perteneciente por entonces a la provincia de Como—, en el Secretariado de la Buena Prensa —del que fue consejero diocesano— y en las Conferencias de San Vicente de Milán y Roma.

Colaboró en el diario *L'Italia*, dirigido por Sante Maggi, en los años en los que el periódico llevaba a cabo una valiente campaña de denuncia del carácter neopagano del nacional-socialismo alemán y cuando el mismo diario fue objeto de los ataques de Farinacci a causa de su carácter demasiado tibio respecto del régimen de Mussolini, a cuya ideología D'Agostino nunca se adhirió, rechazando —pese a la promesa de suculentas ventajas si lo hiciese— afiliarse al Partido Nacional Fascista.

En 1939 retorna a Roma con su familia constituida nueve años antes, cuando se casó con Paola Ambrosini Spinella, de la que tuvo cuatro a los que hizo estudiar privadamente en su casa para sustraerlos al influjo de la escuela fascista. A la caída del fascismo considera que su deber es implicarse en la lucha política, y es presentado a De Gasperi en septiembre de 1943, en el bufete romano del abogado Giuseppe Spataro, por el profesor Orio Giacchi, de la Universidad Católica de Milán. Sin embargo, la lectura de un opúsculo de presentación de la DC, que recibió en tal ocasión, le suscitó graves dudas sobre la validez y la ortodoxia —desde el punto de vista católico— del partido democristiano. Acrecidas con posterioridad tras sus conversaciones con los diputados Mario Cingolani y Nicola Angelucci, que le llevaron a pedir consejo a un querido hermano de la Conferencia de San Vicente; el general Paolo Piella. Quedó convencido así de que la DC, como antes el Partido Popular de don Sturzo, no merecía con-

fianza, al carecer de una auténtica fundamentación racional y cristiana y no ser en suma sino una facción estrechamente ligada con las fuerzas políticas anticristianas derivadas de la Revolución francesa.

No existiendo, pues, en Roma otra iniciativa verdaderamente católica, D'Agostino, junto con el también abogado Giovanni Silvestrini, fundó —tras haber consultado la línea programática a diversos laicos y conocidos eclesiásticos, entre ellos los jesuitas de *La Civiltà cattolica*— el Centro Político Italiano, al que dedicó la incansable actividad de toda su vida y —ejemplo extraordinario en el mundo político contemporáneo— casi íntegramente su no escaso patrimonio personal.

Sus escritos son numerosos. Pues además de haber dirigido el periódico *L'Alleanza italiana*, publicó también una colección de más de veinte cuadernos, dos volúmenes y un diccionario de doctrina política pontificia. Entre los primeros merecen ser recordados: *La democrazia cristiana, ecco il nemico!*; *La soluzione razionale e cattolica del problema dell'autorità nell'attuale dramma politico italiano*; *Associazionismo aziendale*; *Cattolicesimo per l'Italia*; *De modernismo sociali*, etc. Los segundos son el ya citado *L'Illustione democristiana* e *Il dramma degli italiani e la certezza della rinascita*. También apareció una contribución suya en los *Studi in memoriam di Paola Maria Arcari*, promovidos por la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Cálcer. Finalmente ha publicado diversos artículos en revistas como *Adveniat Regnum* de Roma e *Instaurare omnia in Christo* de Udine.

En el campo internacional anudó relaciones con cuantas personas y grupos advertían la necesidad de trabajar por el triunfo del reinado social de Cristo, y en tal sentido —entre otros— destacó su relación con *La Cité Catholique*, participó activamente en los Congresos de Lausana y animó dentro y fuera de Italia distintas iniciativas culturales y políticas. Principalmente en Roma, su hermosa y amplia casa del Parioli era lugar de encuentros e iniciativas múltiples (ediciones, reuniones, etc.), punto de referencia imprescindible para quienes deseaban conocer el significado de su incansable combate.

Un grupo de admiradores le dedicó en 1987 un *Liber amicorum*, el volumen *Questione cattolica e questione democristiana*, publicado por la CEDAM de Padua y hace tiempo agotado, al igual que algunos párrafos de sus escritos acaban de reproducirse en el volumen *Costituzione criticata* aparecido en Nápoles el pasado año en las *Edizioni Scientifiche Italiane*. Finalmente una tesis de licenciatura durante el curso 1988-1989 abordó su pensamiento y su obra.

Con la desaparición de D'Agostino se ha apagado una voz católica, libre y responsable; un defensor convencido del legitimismo político —fueron conocidas también sus relaciones con Humberto II, del que fue huésped en Cascaes en la mitad de los años sesenta y quien envió a *L'Alleanza italiana* un mensaje el 4 de marzo de 1969 que escandalizó al mundo monárquico "oficial" italiano—; un apóstol del pensamiento católico. Mantuvo enhiesta la bandera del catolicismo político entre dificultades, incomprendimientos y hasta burlas, en un momento en que incluso parte de la jerarquía católica, en contradicción con la doctrina social enseñada desde la Cátedra de Pedro, parece haberse adherido a las tesis de la apostasía política (y no sólo política), juzgando "intolerante" y, por lo mismo, inaceptable la realceza social de Cristo.

D'Agostino sostenía con fundamento que no podemos nada contra la verdad. Los italianos, sobre todo los católicos, le deben el reconocimiento por su testimonio, ofrecido con frecuencia con un heroísmo que tantas veces exige la vida diaria común. Un testimonio que ha permitido a muchos —a los pocos que han compartido sus anhelos y a los que lo han combatido— tomar conciencia de la "cuestión católica" en una Italia que, siendo cristiana y pese a ser gobernada durante casi medio siglo por el partido que se apoderó arbitrariamente del adjetivo "cristiano", D'Agostino vio proféticamente desde finales de los cuarenta cómo se encaminaba hacia una crisis moral de dimensiones pavorosas.

DANILO CASTELLANO